



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instrucción: por don A. Pirala.—En el Album de la distinguida poetisa doña Dolores Cabrera y Heredia (poesía), por don Gaspar Nuñez de Arce.—Historia: Juana Grey (continuacion).—Anécdota del tiempo de Luis XIV (conclusion), Variedades: Mujeres Célebres en Bellas Artes (conclusion), por don Enrique del Castillo y Alba.—Esplicacion del Figurin.

INSTRUCCION.

Pensamientos de Balzac sobre la mujer.

Al lado de las almas que sufren, las mujeres de talento tienen un papel sublime que desempeñar: el de la hermana de caridad que cura las heridas. Por esto hay mujeres que son para el alma lo que es el clima de Niza ó de Nápoles para el pecho.

¿Qué extraño, pues, que sea una prueba de ilustracion y de buen gusto respetar á las mujeres cualquiera que sea su edad, y reconocer las distinciones sociales sin ponerlas en cuestion?

La naturaleza que ha hecho ciegos de nacimiento, ha podido muy bien crear mujeres sordas, mudas y ciegas de amor.

Su mayor encanto consiste en esa llamada constante á la generosidad del hombre; en esa graciosa declaracion de debilidad, por la que ella se enorgullece y despierta en él los mas magníficos sentimientos.

Ademas, hay en los consuelos que da una mujer, cierta delicadeza, que tiene siempre alguna cosa de previsor, de maternal, de completa; pero cuando á estas palabras de paz y

de esperanza se reunen la gracia de los ademanes, esta elocuencia de tono que proviene del corazon, y uniéndose á todo la belleza, es imposible resistir.

Este dominio que ejerce la mujer sobre el hombre es irresistible; y dice mucho en favor de su superioridad. La tiene por la naturaleza, y si á ella se añade la instruccion de que es susceptible y de que debe estar adornada, y por la cual abogamos y abogaremos de continuo, seria un axioma esa superioridad hoy cuestionable.

Es un hecho desde luego, el que, aun la mujer mas simple exige aun en el hombre mas grande un poco de charlatanismo, y el mas bello amor nada significa cuando es estúpido. Necesita ponerse en escena con adorno y arte.

Al lado de una mujer que posee el génio de su sexo, el amor no es una costumbre, es otra cosa especial, desconocida. ¡Sabe revestirle de formas tan variadas su adorable ternura! ¡Sabe ser á la vez tan espiritual y tan amante! y pone tantos artificios á su naturalidad, y tanta naturalidad á sus artificios, que se hace tan poderosa, tan grande para el porvenir, como lo es para el presente. A su lado palidecen todas las mujeres. Es necesario haber experimentado el temor de perder un amor

tan verdadero, ó haberle perdido para saber todo su precio. Pero si habiéndole conocido, contrae un hombre un matrimonio frío.... si ha sacrificado su verdadera union al provecho de una quimera social, entonces necesita morir, ó tener esa filosofía material, egoísta, fría, que horroriza á las almas apasionadas.

Las mujeres están mas cerca que los hombres de la naturaleza angélica, por esa mezcla que saben hacer de una ternura infinita á la mayor compasion, secreto que solo pertenece á los ángeles aparecidos en algunos sueños sembrados providencialmente á largos intervalos en la vida humana.

La piedad es una virtud de mujer y que solo las mujeres se transmiten.

Desgracia es en el hombre, desconocer ó despreciar estas cualidades que adornan á la mayor parte de la preciosa mitad del género humano, así como creémos una fortuna el reconocerlas y saberlas aprovechar en nuestro bien, que es en el de la sociedad.

A. Pirala.

LITERATURA.

En el Album de la distinguida poetisa Doña DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

¡Qué siempre la tormenta sobre la tierra impere!
La tempestad del mundo, la tempestad del mar,
el rayo que nos mata, la pena que nos hiere,
la ronca voz del trueno, los ayes del pesar....

Ay! yo escuché en la tierra la lúgubre armonía
del alma que suspira, del viento mugidor,
el són entrecortado de la caliente orgía,
el ósculo anhelante del encendido amor;
el último gemido del mártir ignorado,
los ayes de las hojas que arrastra el huracán,
el eco del torrente y el himno del soldado,
los gritos de la rabia y el choque del volcán;

La tempestad del mundo, la tempestad del cielo,
las nubes, las pasiones y los dolores ví,
tal vez porque calmase mi ardiente desconsuelo
con los serenos cánticos que de tu lábio oí.

El génio de las flores en el Eden perdido
su enamorada lira risueño te prestó;
tu canto es un aroma, tu canto es un gemido
tan leve como el céfiro que juega con la flor.

Por eso hoy que descansa mi corazón ardiente
en esta misteriosa y oculta soledad,
es para mí el lamento del ruiseñor doliente
que canta cuando calla la ronca tempestad.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Jaca, 1853.

HISTORIA.

JUANA GREY.—(Continuacion.)

Sobreponiéndose á su propio dolor, Juana buena y generosa como siempre, solo pensó en mitigar el de su marido.

—Dudley, mi querido Dudley, le decia con ternura, tened valor y confianza en la Providencia que no nos abandonará. El corazón me dice que volveremos á vernos aun.

—Sobre el cadalso, Juana! respondió Dudley con acento sombrío. Y seré yo, yo solo, y la fatal ambición de mi familia quien os conduzca á él; á vos, Juana mía, tan noble, tan digna de otra suerte mejor!!

—Desechad esos pensamientos horribles, dijo Juana interrumpiéndole, y cesad de reconvienros por lo que vale mas olvidar, puesto que no tiene remedio. Tened fé en Dios, repito, mi querido Dudley, añadió con dulzura, y si su voluntad decidiese que no volviéramos á reunirnos en esta vida, pensad que hay otra, milord, y rogadle que en ella no nos separe: orad, sí, Dudley, para que él nos proteja ya que todos hoy nos abandonan!

—Ah! sí! le pediré que me conceda, Juana mía, vuestro valor y resignación para no maldecir á los que nos han perdido!

En el mismo momento se oyeron pasos de muchas personas en el salón inmediato. Juana se volvió, y por la puerta entreabierta lo vió lleno de soldados á cuya cabeza marchaba el constable de la Torre. Los dos lores que se habian retirado por respeto se aproximaron. Dudley y la joven princesa se arrojaron uno en brazos de otro y permanecieron así por espacio de algunos minutos, sin poder proferir una palabra. ¿De qué servirían en tales momentos? Hay alguna mas elocuente que el silencio producido por una violenta emoción?

—Adios, adios Dudley! exclamó Juana con efusion: creed en mis presentimientos: la esperanza de volver á vernos hará menos dolorosa una separacion que me mataria si supiese que habia de ser eterna.

Los mismos soldados que aquella mañana la daban la guardia, eran los encargados de conducir á la princesa á su prision.

Precedida del constable, y acompañada de los lores Clinton y Pembroke, fué llevada á las habitaciones de Brik-Tower, y lord Dudley á la torre de Beauchamp, no lejos de la prision que ocupó muy pronto su padre.

XVI.

La traicion de Nortumberland, y su ambicion, que tan cara pudo costar á la nacion entera, no tardó en recibir el castigo. Reunióse el Consejo, ante el cual le obligaron á comparecer. Segun costumbre, el verdugo marchaba delante del acusado, llevando al hombro su hacha, cuyo filo no debia presentársele de frente. Los hechos eran tan patentes, que los jueces apenas tuvieron qué deliberar antes de condenarle á la última pena.

Pocos momentos despues, el audaz ex-ministro fué conducido de nuevo á su prision. Conforme tambien al uso establecido, el verdugo le precedia, pero aquella vez llevaba el filo del hacha vuelto hácia el sentenciado.

Bonner y Gardiner, sus enemigos personales, y obispos de Lóndres el uno, y de Winchester el otro, se propusieron valiéndose de un ardid, hacerle abjurar el protestantismo. A este fin le dijeron que la reina María le perdonaria la vida, con la condicion de abrazar el catolicismo.

Nortumberland accedió al punto, y la ceremonia quedó aplazada para aquella noche. Llegada la hora, fueron á buscarle á su prision, previniéndole que la voluntad de la reina era que hiciese públicamente su abjuracion, de rodillas ante el tajo, y teniendo el verdugo el hacha levantada sobre su cabeza. Así se verificó en la capilla de San Juan, pero desengañado en los últimos momentos, no por eso se libró de una muerte que tanto le aterraba.

La reina, cuyo carácter leal no se desmintió nunca, debió ignorar aquel hecho hasta despues de consumado. Conocia lo mismo que sus consejeros la necesidad de un castigo ejemplar, pero no hubiese cometido la villania de engañar degradándole, á un enemigo vencido.

XVII.

Al dia siguiente de esta ejecución hizo María su entrada solemne en la capital.

Juana Grey y su marido oyeron desde su prision el eco de las mismas demostraciones de regocijo público con que *nueve dias* antes habia saludado á la primera un pueblo inconstante que entonces la olvidaba.

Pero Juana debió sufrir en lo mas íntimo de su corazon ese dolor acerbo que nos produce un desengaño, mil veces mas cruel que todos los reveses de fortuna, viendo á sus amigos, á sus partidarios mas entusiastas, y hasta á sus mismos parientes que la comprometieron, agruparse en torno de la nueva soberana, y temblando de temor, prestarla al entrar en la Torre un juramento de fidelidad, al que acababan de ser perjuros.

La princesa apartó con disgusto la vista de aquella turba de viles aduladores, para fijarla con ansiedad en un grupo de prisioneros que se habian colocado en un sitio por donde María debia pasar. Cuando estuvo cerca cayeron de rodillas implorando su perdon: María mostrándose generosa se lo concedió. Aunque Juana no pudiese oir las palabras que mediaron, lo comprendió todo por la alegría que se reflejó en los semblantes de los prisioneros.

—«Bendito seas, Dios mio, exclamó juntando las manos, y poseida de una viva emocion, al menos no se derramará la sangre de los únicos que me han sido fieles! Ahora ya puedo morir tranquila!»

Juana ignoraba aun la muerte de Nortumberland: cuando la supo le lloró, porque olvidando el mal que la habia causado, solo se acordó de que era el padre de Dudley.

XVIII.

La misma noche de la instalacion de María en los régios aposentos de la Torre, donde iba á pasar los dias que precediesen á su coronacion, se presentó la duquesa de Suffolk en ellos, pálida y agitada. La Reina la mandó entrar. Se hallaba precisamente en el mismo salon donde Juana pasaba las noches que habia permanecido allí. La duquesa se arrojó á los piés de María, que la levantó con bondad.

—Sé, la dijo, á qué venis.

—Salvad á mi marido, señora! exclamo la duquesa llorando. Y en vano la Reina esperó una nue-

va súplica de aquella madre desnaturalizada; en vano su mirada penetrante, fija en ella, pareció reconvenirla y escitarla; la duquesa salió pocos momentos despues con la orden de libertad para su marido, pero sin atreverse á proferir una sola palabra en favor de la inocente Juana Grey.

Al atravesar los umbrales del salon, la asaltó sin embargo como un remordimiento, el recuerdo de las palabras que allí habia dicho á su hija, cuando ocho dias antes la tímida niña la confiaba sus temores.

—*Juana, si te abandonasen los que hoy te aclaman, no merecerian el nombre de buenos, ni de caballeros: su deber como el de toda tu familia, es sostenerte ó morir contigo.*

No faltaron personas imprudentes que refirieron aquella entrevista á la princesa: al pronto no quiso dar crédito al egoismo de su madre, cuando se convenció de la verdad.

«Hasta ahora, dijo con profunda amargura, no habia comprendido que la esperanza de una muerte casi cierta, pudiera convertirse en un consuelo! ¿Para qué se quiere la vida, si no somos queridos?»

XIX.

El Consejo declaró reos de lesa magestad á Juana Grey y á su marido, pidiendo para ellos la pena de muerte.

La sentencia les fué comunicada. La princesa pidió que la permitiesen escribir á la Reina, puesto que no podia hablarla. En efecto se lo concedieron.

Juana escribió con dignidad, refiriendo con claridad y sencillez todos los hechos que habian tenido lugar: hizo ver á María en medio de que opresion y sobresaltos habian pasado para ella los nueve dias de su reinado, en los cuales por dos veces se creyó envenenada, rogándole por fin encarecidamente con esa elocuencia persuasiva que en tales casos sabe desplegar hasta la persona de menos talento, que recayese sobre ella sola el castigo á que se resignaba, pero que concediese el perdon á Dudley.

A la lectura de aquella carta era imposible no interesarse por quien la habia escrito. La Reina se conmovió, y ofreció perdonar á los dos jóvenes esposos, con la condicion precisa de abjurar su fé.

Esperaba entretanto la princesa la contestacion de María llena de ansiedad.

—¿Qué ha respondido mi marido? preguntó al que la comunicó la voluntad de la Reina.

—Que no aceptaba la vida con esa condicion.

—«Pues decid entonces á la Reina en mi nombre, repuso la princesa, que quiero seguir la suerte de mi marido en vida y en muerte, en este mundo y en el otro.»

La princesa pidió su devocionario y se preparó á morir. A veces una lágrima abrasadora se desprendia de sus ojos y caia sobre las páginas donde buscaba el consuelo y la esperanza para su corazon despedazado: parece tan hermosa la vida cuando se va á dejar en la flor de la juventud!

Una hora despues la puerta de la prision se abria para dar paso al primer ministro de la Reina.

La princesa lanzó un grito, y retrocedió aterrizada. El ministro se adelantó gravemente.

—Milord, milord! le dijo con la mayor agitacion, venís á anunciarme sin duda que solo me quedan algunas horas de vida?

—Vengo á deciros, señora, contestó aquel, que la reina María os la concede: sois libre desde este momento.

—¿Y Dudley? y Dudley? preguntó con ansiedad.

—Lord Dudley os acompañará; la reina ha querido que la gracia fuese completa (1).

Los pálidos lábios de Juana se movieron para bendecir el nombre de su libertadora; sus manos se estendieron en ademan de agradecimiento; pero aquella emocion era demasiado violenta para una organizacion tan delicada, y cayó al suelo sin sentido.

Cuando lo recobró, se encontró sostenida por Dudley, en una carroza que los conducia á Sion-House.

XX.

Allí la esperaban tambien dulces y consoladoras emociones. Todos sus servidores se precipitaron al encuentro de sus señores, que creian no volverian á ver jamás, llorando de enternecimiento y dando muestras de una alegria tan grande como sincera. Para saber apreciar en lo que vale una prueba de afecto, es preciso haber sido desgraciado; Juana que tan crueles desengaños recibió en los dias anteriores, admitió aquellas profundamente conmovida; todo lo que la rodeaba la parecia un sueño; mil ideas confusas se cruzaban en

(1) Los historiadores enemigos de María se guardaron bien de consignar este hecho que la honra. Su autenticidad se halla hoy patentizada, gracias á las investigaciones hechas por los editores de *Pictorial England History*.

su imaginación, y solo cuando despertó la mañana siguiente pudo creer en la realidad. Al momento, y como para cerciorarse de ella, se levantó, recorrió su habitación, dirigió una mirada acariciadora á cada uno de los objetos que allí había, entró en su biblioteca, ojeó sus libros preferidos, tomando uno, leyendo algunas líneas para dejarlo luego por otro; llegó después su vez á sus pájaros, á sus flores, cuyos perfumes aspiraba acercándolas á sus labios, cuyas ramas acariciaba con su mano al pasar. En su alegría, loca, infantil, le parecía que sus libros, sus muebles, sus pájaros, y sus flores, eran otros tantos amigos que la saludaban por su regreso, después de una larga y penosa ausencia; y es que en verdad todos aquellos objetos se identificaban de tal modo con su vida, que casi formaban parte de ella.

Acaso más de una vez al recobrar los goces de una existencia que estuvo á punto de perder, bendijo á Dios, que la hacía conocer mejor por aquel medio la felicidad que aun la quedaba; entregóse á ella confiada y tranquila; se dedicó al estudio, que no había abandonado ni aun en la prisión, con un ardor infatigable, y ni por un momento echó de menos la fugitiva grandeza que la proporcionó tantas amarguras.

No obstante, la felicidad es un ave de paso en nuestra vida; hay quien muere sin haber llegado á entreverla, y quien solo la conoció para llorarla siempre. Juana no debía gozar mucho tiempo de ella: al través de la atmósfera de amor y de ilusiones que la envolvía, se formaba sordamente la tempestad.

(Se continuará.)

DOLORÉS CABRERA Y HEREDIA.

ANECDOTA DEL TIEMPO DE LUIS XIV.

(Conclusion.)

Los caballos salieron á todo escape. Al ir á salir fuera de las puertas del palacio de la duquesa, otro carruaje entraba rápidamente. El abate reconoció al que lo ocupaba, y esperando distraer el pesar de su pupilo, dijo: —Ah! ahí vá el duque de Coigny.

Boufflers dió un salto, y á no haberle agarrado su ayo se hubiese tirado del carruaje.

Por fin pasaron, y en pocos minutos llegaron al Colegio. Al tiempo de pasar por la terrible puerta,

á cuyos umbrales había de deponer todo su privilegio de rango y fortuna, olvidar todas sus ilusiones y esperanzas, y volverse otra vez el igual de trescientos alumnos, escogidos en todas las clases de la sociedad, sintió su corazón desfallecer: oyó el reloj del Colegio dar la una y media, y una voz que pronunció estas palabras:

—Marqués de Boufflers, hace cinco horas que debierais estar aquí, y el provincial desea veros.

Estas espresiones hicieron olvidar al muchacho, no solamente su resentimiento contra su preceptor, sino al duque de Coigny y á su linda prima. Miró con ansia en derredor suyo para implorar el apoyo del abate; pero éste, temiendo alguna reconvención del provincial por no haber vigilado bien á su pupilo, ó no queriendo apoyar las escusas falsas que acaso éste tuviese á bien dar, se había prudentemente retirado, y dejado al pobre jóven para que solo sufriese todo el peso de la tempestad.

Después de algunos momentos de terror se reanimó su espíritu, no dudando que los sucesos de la noche anterior eran suficientes para hacer su persona sagrada, y guardarle de todo peligro; fundado en esto se presentó con bastante serenidad al provincial, que ocupado en ciertos negocios con algunos padres, parecía no haber notado la presencia del jóven, á quien tan continuado silencio había desconcertado completamente. Por fin el provincial, sin alzar la cabeza, dijo: —«Señor marqués de Boufflers, creo tendreis la bondad de decirme porqué no habeis entrado esta mañana en la clase á la misma hora que vuestros compañeros.»

Enrique, que había esperado una descarga de reconvenciones, se vió perplejo para contestar á una pregunta tan fría y tan precisa. A cualquiera otra persona que se la hubiera dirigido hubiese contestado que á nadie tenía que dar cuenta de su conducta ó acciones, ó acaso hubiese dicho que se había visto comprometido en un desafío, ó que había pasado la mañana con una hermosa dama, ó también que era gobernador general de Flandes, y por consiguiente dueño de disponer de su tiempo á su antojo. Pero, ¿cómo podía dar ninguna de estas contestaciones á los miembros de una sociedad religiosa que consideraba con tanto respeto, y que además pudiera haber impuesto alguna penitencia al nuevo gobernador general? Perturbado con estas dificultades, el jóven solo pudo articular algunas palabras incoherentes.

—No oigo lo que decís, dijo el provincial pausadamente. ¿Tendré que repetiros mi pregunta?

Boufflers, avergonzado ya de su confusion contestó resueltamente:

—Padre, confieso que he faltado, pero como no puedo contestar con franqueza á la pregunta que me habeis dirigido, os suplico me dispenseis el que guarde silencio.

Esta contestacion era la de un caballero, y no la de un estudiante, y el mismo Boufflers se admiró de ella. Sin embargo, mucho mayor fué la sorpresa del provincial: le miró friamente con una expresion muy particular, y tocó una campanilla, que estaba encima de la mesa. Presentóse á la puerta un hermano lego.

—¿Es esto cuanto podeis decir? preguntó el provincial. Boufflers se inclinó afirmativamente.

—Mejor hariais en considerarlo un poco: os doy todavia cinco minutos. Le enseñó el reloj, y volvió á escribir. Los padres que rodeaban la mesa habian permanecido todo este tiempo en un profundo silencio, no pareciendo siquiera notar lo que estaba pasando. Aquel mortal silencio, aquellas cabezas calvas, encorvadas é inmóviles como estátuas, inspiraron á Enrique un extraño terror. Permanecia con los ojos fijos en el reloj, conjeturando lo que podria suceder al cabo de los cinco minutos, cuando la voz del provincial le sacó de su meditacion.

—Han pasado los cinco minutos. Mandad subir al padre Arsenio.

El padre Arsenio era la persona destinada á imponer el castigo corporal á los niños. Al oír aquel nombre terrible, el jóven tembló, y sus mejillas, al principio cubiertas de un hermoso carmin, se revistieron de una palidez mortal.

—Padre, dijo, espero que no es para mí que habeis mandado llamar al padre Arsenio. Sabeis que ya no soy un niño; tengo quince años. Imponedme cualquier otro castigo, me someteré á él sin murmurar; pero por compasion, padre, no me impongais ningun castigo vergonzoso.

En aquel momento presentóse á la puerta un hombre con semblante cruel, armado con el instrumento del castigo. Boufflers se estremeció y ocultó el rostro en las manos; pero recordando la eminencia del peligro, renovó sus súplicas.

—Perdon, padres: ya que lo exige el provincial, lo confesaré todo; por Dios! mandar salir á ese hombre.

—Es demasiado tarde, contestó el provincial con voz severa.

—Demasiado tarde! Oh! no, reverendos padres, no es tarde si quereis atender á mis razones.—Solo

os pido algunos momentos.—Os lo suplico. ¿No sabeis que he sido nombrado por el Rey gobernador general de Flandes y particular de Lille? ya veis que no se me debe azotar. Seria deshorrar los cargos que me han sido conferidos. Se ofenderia el Rey. Os ruego me perdoneis! pero tambien pido justicia. Me la concedereis! no es así! Oh, cielos! ninguna contestacion! Padres, mis queridos padres, ayudadme á persuadir al provincial!

El pobre muchacho iba de un lado á otro, acongojado, implorando á cada uno de los presentes con tal aire y acento de afliccion, que hubiese conmovido al corazon mas empedernido. Suplicó, lloró, amenazó, alternativamente. Por fin, ahogado por el llanto, exhausto por la violencia de su dolor, cayó casi sin sentido á los piés de sus jueces. A pesar de la frialdad y rigidez de aquellos hombres no pudieron menos de conmovirse de su desesperacion, y hasta el padre Arsenio dejó caer el terrible instrumento del castigo. Mas el inexorable provincial le recordó su deber con una mirada, recogióle y puso las manos sobre la víctima, que trató débilmente de desasirse de sus garras. Fué en vano; oyóse el sonido de las disciplinas, mezcladas con estas espresiones, proferidas entre ahogados sollozos: «Gobernador general de Flandes! Gobernador de Lille! No era su dolor menos agudo que el de aquel romano que, sentenciado á sufrir el género de muerte de los esclavos, exclamaba, espirando bajo la vara de los lictores:—Soy romano y ciudadano!»

Cuando concluyó el castigo, oyóse un ligero golpe en la puerta.

—Podeis entrar, dijo el provincial.

—Un hermano lego entró, y dirigiéndose con sumision al provincial:

—Dos personas en el locutorio desean ver al marqués de Boufflers.

—Quiénes son?

—El duque de Coigny y la duquesa de Saint-Cerest.

Aunque pronunciados en voz baja, el desgraciado muchacho oyó los nombres. El sonido de sus risotadas, pareció resonar en sus oidos como si el tañido fúnebre de las campanas anunciase la agonia de su amor y orgullo. Sintió su tierno corazon destrozarse, y cayó sin sentido en el suelo.

Tres dias despues un carruaje con las armas de Francia entraba en el palacio del marqués de Boufflers. Un caballero que venia de parte del Rey deseaba verle.

—Mariscal de Boufflers dijo: el Rey ha sabido la enfermedad de vuestro hijo y lo que la ha causado. Ha dirigido una severa reprension á los re-

verendos padres, y me ha encargado viniese á informarme de la salud de vuestro hijo, y manifestaros cuánto se interesa por él.

Las lágrimas ahogaron las palabras del desdichado padre. Condujo en silencio al mensajero del Rey á otra habitacion tendida de negro, en la que un caballero jóven y una señora velaban al lado de un lecho mortuario. El caballero era el duque de Coigny: la señora, la en otro tiempo alegre duquesa de Saint-Cerest; el difunto..... ¿Necesitamos acaso nombrarle?

—Caballero, dijo el desventurado padre, con voz ahogada por el llanto: dad mis mas espresivas gracias á S. M., y decidle que ahora puede disponer de las dignidades de gobernador general de Flandes y particular de Lille. El que debia disfru-
tarlas despues de mi muerte, ya no existe, y pronto le seguiré!

Y efectivamente, antes de concluirse el verano el infeliz padre descansaba al lado de su adorado hijo!!

ELOISA GATTEBLED DE SANTA COLOMA.

VARIEDADES.

MUJERES CELEBRES EN BELLAS ARTES.

GRABADORAS.—SIGLO XVII.

B.

Beér. (María Eugenia) Fué hija y discípula de Cornelio Beér, pintor y natural de Flandes. Vivía María Eugenia en Madrid á mediados del siglo XVII grabando con dulzura algunas obras, que la hacen digna de este lugar. Grabó en 1643 la portada del libro titulado *Guerra de Flandes*, por el P. Basilio Varen, clérigo menor, la cual representa un frontispicio con columnas salomónicas, y un escudo de armas; y en el mismo año el retrato del príncipe D. Baltasar Carlos, á quien dedicó D. Gregorio de Tapia y Salcedo los *Ejercicios de la Gineta*; y contiene veinte y ocho estampas de su mano relativas á este arte, al de torear y al de la caza. Ademas de otras láminas, grabó tambien un cuaderno de veinte y cinco estampas, que representan

diversos géneros de aves, y dedicó al citado Príncipe con esta décima:

Señor, á vuestra deidad,
Que con tantas glorias crece,
Hoy *María Eugenia* ofrece
Varias aves: perdonad.
De su mano en tierna edad
Butil abrió estos borrones:
En cuanto á infieles regiones
Castigos dilatais graves,
Jugad ahora con las aves,
Hasta que mateis leones.

H.

Heylan. (Ana) Hubo en Granada en el siglo XVII una familia de este apellido, ocupada en grabar á butil con limpieza y correccion. De Ana es la portada de la *Historia eclesiástica de Granada*, escrita por D. Francisco Bermudez de Pedraza, que contiene las figuras de San Cecilio, San Tesifon y San Hiscio, con la Concepcion de Nuestra Señora encima, grabada en 1638; y la de la *Historia Sexitana de la antigüedad y grandeza de la ciudad de Velez*, por el Doctor Francisco de Bedmar, ejecutada en 1652, y representa una fachada con las estátuas de San Pedro y San Epene-
to, obispo, la Religion en lo alto, y en una tar-
jeta, un caballero matando moros.

M.

Morales (D.^a Luisa) natural de Sevilla. Grabó al agua fuerte en 1617 una lámina con cuatro emblemas; y en 1672 otra con seis. Ambas estampas están en el libro de las fiestas que celebró Sevilla á la canonizacion del rey San Fernando.

DIBUJANTAS.—SIGLO XIX.

W.

Weis. (Doña Rosario) Nació en Madrid á 2 de Octubre de 1814, y á consecuencia de las desgracias ocurridas en su familia, quedó al cuidado del célebre pintor D. Francisco Goya, pariente suyo, quien empezó á darla lecciones de dibujo, que fueron interrumpidas en 1823 por su marcha á Burdeos, dejando encargada la niña Rosario al arquitecto D. Tiburcio Perez, en cuya casa hizo notables adelantos. Despues pasó á Burdes, donde permaneció con Goya, hasta el año 1828 en que falleció este. Mr. Lacour, director de la Academia de

aquella ciudad, la tuvo en su estudio, y comenzó á gastar el lápiz, de modo muy diferente al que habia empleado. En 1833 vino á Madrid, y dedicóse á copiar varios cuadros del Real Museo. Un restaurador de muchísimo crédito la proporcionaba lienzos viejos, sobre los que hacia ella excelentes copias, que cubiertas con un barniz que las daba el aspecto de obras antiguas, pasaban por originales. Copió luego con tanta perfeccion dos bocetos de los retratos á caballo de Felipe IV y del Conde-Duque de Velazquez, de la coleccion de la Excm. Señora Duquesa de San Fernando, que se los compró esta señora, sin permitirle seguir copiando ninguno de los buenos cuadros que poseia. Ocupóse entonces en el género de retratos al lápiz, en que sobresalió extraordinariamente, siendo notable el del señor D. Ramon de Mesonero Romanos. Hizo tambien algunos retratos al pastel, y adquirió ademas celebridad por sus obras originales, habiéndola premiado la Sociedad Filomática de Burdeos con una medalla de plata, por una figura de medio cuerpo representando *el Silencio*. En 1840 obtuvo el título de Académica de mérito de la de San Fernando en la pintura de historia. En 18 de Enero de 1842 fué nombrada maestra de dibujo de S. M. la Reina doña Isabel II y su augusta hermana, cuyo honroso cargo desempeñó con el mayor celo y contancia, hasta su muerte, ocurrida en Julio de 1843.

ENRIQUE DEL CASTILLO Y ALBA.

Esplicacion del Figurin.

FIG. 1.^a Traje de moaré antique negro de doble falda, adornado de pieles de marta y botones de pasamanería y azabaches. El delantero del cuerpo y el de la sobre-falda son de una pieza, sin costura en el talle, lo que se obtiene cortando un paño del moaré con el largo suficiente y doblándolo por la mitad de su ancho para hacerle en ella la abertura del cuerpo, y desde esta abertura hasta las costuras de los costados tiene cuatro centímetros: el resto de la sobre-falda se corta del modo usual, pegándola al talle en anchos pliegues, y á los costadillos y espalda del cuerpo se les deja una pequeña aldeta que baste solo para cubrir el nacimiento de los pliegues de la falda. La manga la forma una guarnicion de 47 centímetros de ancha en la mitad, y algo mas estrecha en los extremos, que vienen á caer sobre el brazo, y está pegada tambien en anchos pliegues. Una tira de piel de marta de

doce centímetros guarnece el canto de la primera falda, y otra estrecha viene desde el talle por la espalda á cubrir la pegadura de la manga, y bajando por delante y estrechando en la cintura, continúa sobre la costura del paño de delante hasta el fin de la segunda falda, ensanchando gradualmente. Una linea de botones ricos adorna por delante el cuerpo y la sobre-falda.

Cuello de encaje, y anchas mangas de tul con un encaje á la mano, y con un lazo color de rosa en la muñeca.

Sombrero á lo Luis XV, de terciopelo color castaña, que se corta de redondo con muy poco fondo de cabeza para que quede muy chato; este centro está separado del ala por un ruló del mismo terciopelo, al que va cosido un encaje negro que cubre casi aquella; una larga pluma del color del terciopelo está colocada al lado derecho, y levanta con gracia el encaje citado; otro encaje cosido al borde del ala cae todo al rededor, y debajo lleva en cada lado un grupo de flores azules, y dos largas caídas, detrás, de cintas del color del sombrero.

FIG. 2.^a *Vestido* de poplin azul. El cuerpo es alto y sin aldeta por delante, solo desde la costura del costado sale una pequeña cotilla que se redondea por detrás: en cada lado del cuerpo formando hombros ó chal, van dos órdenes de cinta ligeramente fruncida, que disminuyen su ancho en el talle, y se cruzan en él formando caídas: á estas cintas van cosidos al aire dos encajes de punto de Alenzon, que despues de adornar el chal, guarnecen tambien y redondean sus puntas: una hilera de cuentas grandes azules cubre la pegadura de la cinta y se prolonga hasta el fin de la caída. El chal por detrás tiene la misma forma, cayendo sobre la aldeta, que tambien va cubierta de un encaje. La manga es igual á la del traje anterior, y lleva una cinta con encaje como el chal, y la hilera de cuentas correspondiente: á estas cuentas pueden tambien suplir botones pequeños con cabeza. Un encaje del mismo punto de Alenzon forma el cuello, y baja desde él hasta el canto del traje ligeramente fruncido, y sujeto de trecho en trecho con lazos de cinta azul.

Peinado de dobles bandós: sobre los primeros un hilo de turquesas: los pendientes son de las mismas piedras.

